Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

ESCUCHA A DIOS Y RESPÓNDELE

(45 Meditaciones bíblicas)

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica (Lc. 3,31)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-237-3
Depósito Legal: B-41283-94
Impreso en España por
Bigsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

La Sagrada Escritura contiene y es la palabra de Dios y por tanto al leerla, en ella Dios nos habla y deber nuestro es escucharle. «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica» *(Lc. 3,31).*

San Agustín, San Ambrosio y últimamente el Concilio Vaticano II nos dicen: «Cuando tu lees la Biblia, Dios te habla, y cuando oras, tu hablas a Dios» (DV. 25).

Cuando leemos, pues, los Libros Santos, Dios nos habla en ellos, y deber nuestro es responderle, y le respondemos, si cumplimos sus mandamientos y ponemos en práctica cuanto nos dice, ya pidiéndole perdón por nuestros pecados cuando nos invita a penitencia, ya dándole gracias por tantos beneficios recibidos o bien pidiéndole las que nosotros necesitamos.

Estas meditaciones o reflexiones bíblicas tienen como fin hacernos ver el conte-

nido de la palabra de Dios y enseñarnos cómo hemos de proceder en nuestro obrar.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 16 julio 1994

MEDITACIONES BÍBLICAS

1. Dios nos ha señalado un fin

«Dios creó al hombre formándole de la tierra, y de nuevo le hará volver a ella. Le señaló un número contado de días y le dio dominio sobre las cosas que hay en la tierra. Le vistió de fortaleza a él convenientemente y le hizo según su propia imagen. Hízole temibles todos los animales y sometió a su imperio las bestias y las aves.

Le dio capacidad de elección, lengua, ojos, oídos y corazón para entender. Llenóle de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal. Iluminó su corazón para mostrarle la grandeza de sus obras con el fin de que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de sus obras... y les dijo: Guardaos de toda iniquidad» (Eclo. 17,1-11).

Reflexión

Dios nos ha señalado un número contado de días. Son, pues, pocos los años que vamos a vivir sobre la tierra. Dios nos ha dado ojos para que veamos la grandeza de sus obras: el sol, la luna, las estrellas y la tierra con sus mares y adornos, y para que viendo tan grandes y admirables obras le alabemos y no pequemos, por cuanto nos dice: «Guardaos de toda iniquidad».

Nuestra dicha, nuestro último fin no está en las cosas de la tierra. No puedes saciarte con ningún bien temporal, porque no has sido creado para lo caduco. Las criaturas son de Dios... No son Dios... son para Dios. Las criaturas no son, por tanto, mi fin, sino medio para que me ayuden a conseguirlo.

No hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz, sino Dios. San Agustín dirá: «Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

Dios nos ha creado para que viendo sus obras le conozcamos, le amemos y le alabemos aquí en la tierra, y después gocemos de su presencia en el cielo. Este es el único camino para lograr la verdadera felicidad.

2. Somos futuros ciudadanos del cielo

«Muchos son los que se conducen como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre y cuya gloria el deshonor. Estos son los que tienen su pensamiento puesto en las cosas de la tierra.

Nuestra ciudadanía, en cambio, está en el cielo, de donde esperamos un Salvador, el Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, conforme a su cuerpo glorioso, según el poder que Él tiene de someter a sí todas las cosas» (Fil. 3,18-21).

«Sabemos, en efecto, que si nuestra casa terrena, que es una tienda (es decir, nuestro cuerpo) se deshace, nosotros tenemos un edificio que es obra de Dios, una morada eterna que no ha sido construida por la mano del hombre, y que está en el cielo. Y en verdad mientras estamos en esta tienda (actual cuerpo) gemimos anhelando sobrevestirnos de nuestra celestial mansión.

Nosotros estamos llenos de confianza sabiendo que mientras vivimos en el cuerpo somos peregrinos lejos del Señor porque caminamos por la fe y no por visión. Sin

embargo confiamos y nos complacemos mucho más en salir de este cuerpo, para poner nuestra morada (para vivir) junto al Señor» (2 Cor. 5,1 ss).

Reflexión

«Somos peregrinos», «no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» (Heb. 13,14). Nuestro fin no es el de los mundanos, «cuyo dios es el vientre» (Fil. 3,19), «comamos y bebamos que mañana moriremos» (Is. 22,13). No esperan en el más allá.

Estos son los que tienen puesto su pensamiento en las cosas de la tierra. San J. Crisóstomo comenta: Los que tienen su pensamiento y sabor por las cosas de la tierra son los que dicen: «Edifiquemos casas. ¿Dónde? En la tierra. Compremos campos. ¿Dónde? De nuevo dicen: en la tierra. Alcancemos el imperio, busquemos la gloria, adquiramos riquezas... ¿Dónde? Todo en la tierra».

Nuestra ciudadanía está, en cambio, en el cielo. El verdadero cristiano es futuro ciudadano del cielo, y vive con la esperanza de habitar en él... «como huéspedes y

peregrinos debemos morar interinamente acá abajo» (S. Cipriano).

San Pablo dice: Nuestro cuerpo es llamado una «casa» y una «tienda» con relación al alma que lo habita. Un día será destruido por la muerte, pues es móvil e inestable como las tiendas del desierto que se lleva consigo según se va peregrinando...; mas nos espera una mansión eterna: el cielo.

En consecuencia: Dios nos ha creado para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y después gozar con Él en el cielo.

3. Vivamos con la esperanza del más allá

«Si el vivir en el cuerpo significa para mi, fruto de apostolado, ahora no sé que cosa preferir. Estoy preso, en efecto, entre dos cosas: teniendo el deseo de morir y estar con Cristo, porque es mucho mejor; mas el permanecer en el cuerpo es más necesario para vosotros. Y persuadido de esto, tengo la certidumbre de que quedaré y permaneceré con todos vosotros, para el progreso y la alegría de vuestra fe (Fil. 1,22-25).

Para mi el vivir es Cristo y el morir una ganancia» (Fil. 1,21).

Reflexión

San Pablo se nos presenta como modelo al que debemos imitar. Él trabaja sin descanso en el apostolado cristiano, y si bien su deseo es morir para ir al cielo y estar con Cristo, el considerar que es más necesario por el bien de los filipenses permanecer en el cuerpo, lo hace gustoso para el progreso y la alegría de su fe.

El apóstol dice: «Mi vivir es Cristo». Cristo es el centro de su vida, al igual que nosotros decimos: Mi vida es el trabajo, mi vida es la oración, así él dice que su vida es Cristo. Sin Cristo no tendría para él valor alguno.

San Pablo reconoce le es útil vivir para que muchos se conviertan a Cristo y se salven, y si el morir era para él una ganancia, de estas dos cosas desea una ardientemente y sufre la otra por amor a sus hermanos, como dice Santo Tomás.

Tengamos presente esta lección del apóstol: trabajemos sin cesar haciendo el apostolado del bien a todos sin perder de vista que nuestra felicidad completa es morir santamente para ir al cielo y estar con Cristo glorioso, fuente de toda dicha.

4. Conozcamos a Dios, nuestro último fin

Todos podemos conocer a Dios por la razón humana y por la revelación o Sagrada Escritura. En ésta leemos:

«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él? »(Sab. 13,1-9).

«Desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios... y alardeando de sabios si hicieron necios» (Rom. 1,18-25).

Todo nos habla de Dios: «Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad. ¿Quién los creó?» (Is. 40,21). «Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios» (Heb. 3, 4).

«Los cielos pregonan la gloria de Dios

y el firmamento las obras de sus manos» (Sal. 19,2).

Reflexión

No hay duda que por todas las cosas que vemos en el mundo, conocemos a un ser superior que las ha hecho, y este ser es DIos, pues todas ellas nos hablan de Él: «Pregunta, dice Job, a las bestias y te instruirán, a las aves del cielo y te lo comunicarán, a los reptiles de la tierra y te enseñarán y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios que es el Dueño de todo viviente y el espíritu de todos los hombres? (Job. 12, 7-10).

Sólo Dios es el que existe por si mismo. Como dijo a Moisés en la zarza encendida: «YO SOY, Yahvé, el que es». Yo soy por esencia, y todos los demás seres reciben el que tienen de Dios. Y este Dios, Ser infinito y fuente de todo bien y que ha puesto en nuestro corazón ansias infinitas de felicidad es el que puede colmarlas y sólo Él, Dios infinito y eterno es nuestro último fin al que debemos aspirar.

5. Glorifiquemos a Dios

Un día preguntó un joven a Jesucristo: ¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna, o sea, para lograr el cielo? Y Jesucristo le contestó: Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos. Díjole él: ¿Cuáles? Jesús respondió: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt. 19, 16-19).

Y el Eclesiastés nos dice: Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Esto es el hombre todo» (12,13), es decir, esta es la razón de ser del hombre y para esto ha sido creado «para guardar sus mandamientos»: para que le alabemos, viendo la grandeza de sus obras» (Eclo. 17 , 3ss).

Reflexión

Es evidente que Dios nos ha creado primariamente para que le alabemos, o sea, para glorificarle, para conocerle, para amarle y servirle, para hacer su voluntad guardando sus mandamientos, y todo esto es una

misma cosa, pues glorificar a Dios es conocerle y si quiere que le conozcamos es para amarle. Y «mediante esto, como decía San Ignacio, salvarnos». Y ¿quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos (Jn. 14, 15).

Nuestro fin se reduce a Glorificar a Dios, cumpliendo sus mandamientos. Alguno dirá: Si Dios es eternamente feliz y no necesita de nuestra alabanza, ¿para qué glorificarle? Es necesario saber que glorificar a Dios es conocerle, amarle y alabarle por sus infinitas perfecciones. Dios ciertamente es eternamente feliz y si quiere que le glorifiquemos es, como dijeron San Juan Crisóstomo y San Agustín, para nuestro bien ya que Él no lo necesita. La Gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si lo vituperas o blasfemas. Tu alabándole te haces mejor, y blasfemándole te haces peor. Él sigue siendo el mismo.

El salmista nos exhorta a alabar a Dios: «Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos, pues su misericordia se ha confirmado sobre nosotros y la fidelidad de Yahvé permanece para siempre» (Sal. 117).

6. Dios nos ama, y ¿cómo debemos amarle?

Todo el Evangelio nos pregona cuan misericordioso es Dios con nosotros, especialmente lo que más nos rebela su grande amor es la Pasión de Cristo. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todos los que crean en Él no perezcan, sino que tengan la vida eterna (Jn. 3,16). Lo que más hace brillar el amor de Dios hacia nosotros es que entonces cuando éramos pecadores fue cuando Cristo murió por nosotros» (Rom. 5, 8).

La Pasión de Cristo nos revela también cuanto amaba Cristo al hombre: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13).

«Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo..., pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 6-9). «Me amó y se entregó a la muerte por mi» (Gál. 2, 20).

Reflexión

Si Dios nos ama, nuestro deber es corresponder a su amor. EL amor de los hombres a Dios consiste en cumplir la voluntad de Dios, pues «no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mt. 7, 21).

Si Cristo murió por nosotros, también nosotros hemos de morir al pecado y corresponder a su amor, como Él quiere: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento... (Mt. 22, 37).

«Cada uno, dice San Agustín, es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios, asciendes; amando al siglo te hundes. Todo amor o sube o baja; con el buen amor subimos a Dios, con el mal amor caemos en el despeñadero. El amor del mundo contamina; el amor al autor del mundo purifica el alma».

«Antes que existieras, Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti, no hubieras existido, y ahora que existes, no se olvida de ti».

No te olvides, pues, ahora tu de Él. Ámale como Él te dice.

7. Amor al prójimo

Amar al prójimo es amar a Dios... «El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 39-40).

Jesús nos dice que nos dará el cielo por las obras de caridad. «Entonces dirá a los de la derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo! Porque tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; forastero fui y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; estuve en la cárcel y vinisteis a verme».

«Entonces responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, y sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos en la cárcel o enfermo y fuimos a verte? Y les responderá el rey: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno, el

más pequeño de estos mis hermanos, a Mi me lo hicisteis» (Mt. 25, 34-40).

Reflexión

En los pobres, en los enfermos, en los que sufren, hemos de ver y venerar a Jesús, porque Él nos dice: «Lo que hacéis a uno de estos, a Mi me lo hacéis».

El amor no excluye a nadie, se extiende a todos, aun a los enemigos, según el mandato de Cristo: «Amad a vuestros enemigos» (Mt. 5, 44).

«No amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad» (1 Jn. 3,18).

Tu amor no es verdadero si es sólo horizontal (amor al hombre por el hombre), ante todo debe ser «vertical», por amor a Dios.

Amar al prójimo como a sí mismo, es hacer que todo lo bueno, todo lo noble, todo lo hermoso y todo lo grande que quiero para mi, quererlo para él.

Regla de oro: «Haced vosotros con los demás hombres, todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros» (Mt. 7, 12).

8. ¿Quién es Jesucristo?

Jesucristo es el Salvador del mundo (Jn. 4,42), el Dios verdadero (1 Jn. 5, 20) que se hizo hombre (Jn. 1, 14) y vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15).

Jesucristo es el Mesías verdadero. Así lo confesó él a la mujer samaritana, cuando ella le dijo: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Jesús le dijo: Soy Yo, el que hablo contigo» (Jn. 4, 25-26).

También se confesó Mesías ante Caifás: El Pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo que me digas si tu eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le respondió: Tu lo has dicho» (Mt. 26, 63-64).

«Se entregó a la muerte para redención de todos» (1 Tim. 2, 6). El es propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn. 2, 2). Y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Cor. 15, 5 ss). Resucitó para nunca más morir (Rom. 6, 9).

Reflexión

Lo más importante para un cristiano es conocer a Jesucristo y para conocerle bien conviene leer los santos Evangelios donde se nos narran su vida, su doctrina y sus milagros, y también su muerte y su resurrección.

Todos los que le conocieron y oían hablar admirados de su virtud y de su sabiduría, se decían: Jamás persona alguna ha hablado como este hombre» (Jn. 7, 46). «Todos los que le oían se maravillaban de su doctrina y sus respuestas» (Lc. 2, 4).

Jesucristo es la figura central de la Biblia. Todas las profecías del Antiguo testamento convergen en Él, y Él era la suma santidad. Sólo Él pudo hacer este reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8, 46). Y a todos nos invita a la perfección: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48), y debemos serlo en la medida que nos es posible.

9. Dios es inmenso

Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios (Hech. 5, 13). «Dios no está lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hech. 17, 27).

«¡Oh, Dios!... ¿A dónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos allí estás tu, si bajare a los abismos, allí estás presente... Si dijere: Ciertamente las tinieblas me ocultarán, será la noche mi luz en torno mío, tampoco las tinieblas son oscuras para Ti y la noche luciría como el día, pues las tinieblas son como luz para Ti... (Sal. 39).

«Soy Yo por ventura Dios sólo de cerca. No lo soy también de lejos. Por mucho que uno se esconda en escondrijos ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Los ojos del Señor están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 13, 3).

Reflexión

Dios es inmenso. «Inmenso» equivale a

decir que es infinito, o sea, sin límites ni fin. No tiene límites de lugar ni de poder ni de sabiduría. Dios es también «omnipresente», es decir, está presente en todos los lugares del universo, en todas las criaturas (estrellas, cielo, tierra, flores, animales, hombres, casa, corazones). Dios, pues está en todo lugar y donde hay cosas, pues todas son suyas. Y está presente con todo su ser (siendo), con toda su ciencia (sabiendo), con todo su ser conservando y actividad (obrando)... «Está presente como artífice que lo domina todo» (S. Agustín).

La presencia de DIos es un remedio contra todos los vicios» (S. Basilio). «Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos» (Sto. Tomás). José, en Egipto, se vio violentamente atacado de una tentación impura, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso. «¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?». El olvido de Dios es causa de todos los males...

10. La virtud de la fe

«La fe es el fundamento de lo que se

espera, argumento o prueba de las cosas que no se ven... Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11, 1 y 6).

Jesús dijo a sus apóstoles: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará» (Mc. 16, 15-16).

«Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? y ¿cómo creerán sin haber oído hablar de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?... La fe viene por el oído y al oído llega por la palabra de Cristo (Rom. 10, 9-17).

El justo vive por la ve (Rom. 1, 17). Lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fe (1 Jn. 5, 4).

Reflexión

Fe es una respuesta a la palabra de Dios, esto es, hacer y practicar lo que Dios nos pide. Fe es aceptar la persona de Jesucristo y su doctrina, y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela y porque la Iglesia nos la enseña.

Fe es creer en la Palabra de Dios, en lo

que Él nos ha revelado. Y el fundamento de nuestra fe es la Biblia o la Palabra de Dios interpretada por su Iglesia.

Creer en Dios es tener por cierta su existencia y cuanto Él nos ha dicho, o sea, sus verdades reveladas; pues si creemos en la palabra de un hombre sabio y veraz, ¡cuánto más no debemos creer en la palabra infalible de Dios!

La fe en Cristo y en su doctrina viene por el oído, por haber oído hablar de Él (Rom. 10, 14-17) y si muchos no conocen a Cristo y su doctrina ¿quién tiene la culpa de tanta ignorancia religiosa y de la perdición de las almas. Por eso el mismo Cristo mandó predicar el Evangelio. Para la salvación de las almas.

Al verdadero cristiano no le basta tener fe, sino que debe vivir la vida de la fe. Viva es la fe del cristiano que ve con los ojos, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía... y oye al predicador sagrado, como si oyera al mismo Jesucristo...

11. La virtud de la esperanza

«Nuestra vida es pura esperanza, des-

pués será gloria eterna». «Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Tim. 2, 25). Vivimos «con la esperanza de la vida eterna» (Tit. 1, 2).

Si sólo en esta vida ponemos nuestra esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres (1 Cor. 15, 19).

Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido (Heb. 10, 23). Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (Col. 5, 4).

Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos, viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa no hecha de mano de hombre (2 Cor. 5, 1).

Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ¿cómo puede esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos (Rom. 4, 24-25).

Dios por su misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para alcanzar una herencia incorruptible, incontaminada, e imarcesible, que nos está reservada en el cielo (1 Ped. 1, 3-4).

Alegraos en aquel día (por vuestras pruebas sobrellevadas) y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo (Lc. 6, 23).

Reflexión

¿Qué es la esperanza? La esperanza es una virtud sobrenatural por la cual confiamos obtener con toda certeza el cielo o vida eterna y las gracias necesarias para merecerla aquí en la tierra con las buenas obras.

Los cristianos viven con una firme esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, y ¿por qué viven con esta esperanza si no han visto la otra vida? Porque su fe es firme en la palabra de Dios, porque ha sido prometida por el mismo Dios que no miente (Tit. 1, 1). «Esta es la promesa que Dios nos hizo la vida eterna» (1 Jn. 2, 25).

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe, pues el fundamento o base de nuestra esperanza es la

fe o creencia en la promesa divina. Sin la fe es imposible esperar ni amar. Si yo no creo que hay un Dios que me ha creado, y que me promete un cielo eterno, ¿cómo voy a esperar en él? Dios es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1, 1-2).

12. La virtud de la caridad

«Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndoos al bien, amandoos unos a otros... No volváis mal por mal, procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom. 12, 9 ss).

Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él (1 Jn. 4, 16).

«Aunque yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, vengo a ser como bronce que suena o címbalo que retiñe...

La caridad es paciente, es benigna, no

es envidiosa, no es jactanciosa, no se ensoberbece, no busca su propio interés, no se irrita, no se goza de la injusticia, mas se alegra con la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta.

La caridad nunca se acaba; las profecías, en cambio, tendrán fin, las lenguas cesarán y la ciencia tendrá término. Ahora permanecen estas tres: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Cor. 13).

En esto hemos conocido la caridad en que Él (Jesús) dio la vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos.

El que tuviere bienes de este mundo y viendo a su hermano tener necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo la caridad permanece en él? Hijitos, no amemos de palabra y con la lengua, sino de obra y de verdad (1 Jn. 3, 14).

Reflexión

¿Qué es la caridad? Es una virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios porsi mismo sobre todas las cosas, y al prójimo

como a nosotros mismos por amor a Dios.

Sin la caridad todas las virtudes desaparecen... «La caridad es la medida de la grandeza y de la perfección, de tal manera que el que tiene mucha es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ninguna» (S. Bernardo).

«Ninguna cosa es mayor en este mundo como el alma que tiene caridad... Ama a Dios y haz lo que quieras; si callares, calla por amor; si castigares, castiga por amor; si perdonares, perdona por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios» (S. Agustín).

Jesús nos enseñó a orar y a amar a nuestros enemigos. El mejor apostolado de los tiempos modernos es una vida de amor, y el apostolado mejor, no es hablar de Dios, sino dar a Dios.

Nuestro deber es amar a los pecadores, a los extraviados, pero no sus pecados. El amor no se reduce a una fórmula, vg. «Dios mio os amo», pues se requiere que el amor se manifieste en obrar. «Obras son amores»...

13. Huye del pecado

«Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más y ora por los pecados anteriores (arrepintiéndote de ellos). Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres» (Eclo. 21, 1-3).

«El pecado es la transgresión de la ley de Dios» (1 Jn. 3-4). «No digas: He pecado, y ¿qué me ha sucedido? Porque el Señor es paciente... y no digas: Grande es su misericordia, Él perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga y su furor caerá sobre los pecadores (Eclo. 5, 4-7).

Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros (1 Jn. 1, 8). Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios» (Jer. 2, 19).

Reflexión

El pecado, dice el Papa Juan Pablo II en

su encíclica «Dives in misericordia», es la raíz más honda de todos los males en la historia del hombre.

Pecado es oponerse a la voluntad de Dios que se nos manifiesta en sus mandamientos. Dios te dice: Ama a tu prójimo, no robes, no mates, no cometas actos impuros, etc. Si tu respondieras: No cumplo estos mandamientos, cometerías pecado. En consecuencia: Pecado es toda desobediencia a la ley de Dios.

¿Cómo comprender la malicia del pecado mortal? Basta ver cómo Dios lo castiga: Por un pecado solamente y éste de pensamiento, los ángeles quedaron convertidos en tizones del infierno (2 Ped. 2, 4). Y por un pecado de nuestros primeros padres, que fue de desobediencia, con raíz en la soberbia, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas (Gén. 3, 17 s).

También los diluvios de agua y el de fuego sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra y tantos otros castigos, nos hablan de su malicia. ¿Qué será, pues, el pecado cuando Dios así lo castiga?

Un día dijo Jesús a un hombre que llevaba enfermo 38 años, al que acababa de curar: «No vuelvas a pecar para que no te suceda algo peor».

Esto demuestra que el pecado a veces es causa de nuestras enfermedades. «El que comete el pecado es esclavo del pecado» (Jn. 8, 34). Los pecadores son enemigos de su propia alma (Tob. 12, 10).

14. El misterio de la redención

«Llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a si Hujo nacido de una mujer, nacido bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley» (Gál. 4, 4).

Jesucristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Jn. 2,2).

Hemos sido justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención de Cristo Jesús (Rom. 4, 24).

Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo (Gál. 3,27), en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados (Col. 1,14).

Reflexión

¿Qué es la redención? La redención es el misterio de los sufrimientos y muerte de Jesucristo en la cruz para redimirnos a todos. Jesucristo nos ha rescatado comprándonos «no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin mancha» (1 Ped. 1,18). Por su sangre tenemos la redención, el perdón de los pecados (Ef. 1,7).

La redención fue el remedio de nuestros pecados. Bien podemos decir: «Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tu has creado el universo... porque con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación... (Apoc. 4,11; 5,9).

15. La virtud de la penitencia

Jesucristo nos dice: «Haced penitencia porque está cerca el reino de los cielos» (Mt. 4,17). Si vosotros no hiciérais penitencia, todos pereceréis igualmente (Lc. 13,5).

Arrepentíos y creed en el Evangelio (Mc. 1,15). He venido a llamar a los pecadores

a penitencia. Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15). Dios hace como que no ve nuestros pecados por esperarlos a penitencia (Sab. 11,24).

Al corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia (Sal. 51). El Señor es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3, 17).

Acercaos vosotros a Dios y Dios se acercará a vosotros... Pecadores, limpiad vuestras manos, purificad vuestros corazones los de doblado ánimo (Sant. 4,8).

Reflexión

La penitencia como virtud, es una «detestación y dolor del pecado cometido con propósito de no querer pecar».

Si Cristo nos redimió, ¿no tendremos ya nada que hacer nosotros? Es cierto que Cristo nos obtuvo la redención de nuestros pecados, pero para que nos aproveche a cada uno en persona, puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación de los pecados, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc., sin lo

cual no se nos aplican los méritos y satisfacciones de Cristo.

La penitencia cristiana no es otra cosa que la reparación del pecado y consiste, como dice San Gregorio Magno, en llorar o detestar los pecados cometidos, y éstos no volverlos a cometer.

La penitencia puede ser interna y externa. La «interna» es el dolor de corazón y amargura del alma por los pecados que se han cometido, y la «externa» consiste en obras penosas con las que satisfacemos por nuestros pecados, tales son: Ayunos, vigilias, cualquier mortificación corporal. Estas pueden ser voluntarias o impuestas por la Providencia, como el dolor, las enfermedades, etc., las que se deben soportar con igualdad de ánimo para expiar nuestros pecados. La interna siempre aventaja a la externa...

16. La gracia santificante

Por Jesucristo nos vino la gracia (Jn. 1,17) y Él nos dice: Yo he venido para que las almas tengan vida (Jn. 10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Jesucristo dijo a la mujer samaritana: Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, tu le pedirías a Él y Él te daría agua viva... Quien bebe de esta agua (del pozo de Jacob) volverá a tener sed; pero el que bebiera del agua (de la divina gracia) que yo le diere no tendrá jamás sed (de los placeres y cosas del mundo), sino que el agua que Yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna (Jn. 4,10-14).

Reflexión

La gracia santificante es un «don de Dios», la vida sobrenatural del alma. Jesucristo nos mereció la gracia con su sangre, o sea, con su pasión y muerte, y así lo dice la Escritura: Jesucristo nos ha lavado con su sangre (Apoc. 1,5).

La gracia se adquiere la primera vez por el bautismo, se pierde por el pecado mortal, y se recobra mediante el sacramento de la penitencia.

Vivir en gracia o amistad con Dios es vivir sin pecado. La gracia es un don interior que embellece nuestra alma, es como

una savia divina que viene de Jesucristo, quien nos dice: «Yo soy la vid verdadera y vosotros los sarmientos». Cuando se corta la rama de un árbol o un sarmiento, se seca por no circular por ella la savia de la divina gracia.

Los que viven en pecado mortal tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos (Apoc. 3,1). Hay muchos cadáveres ambulantes por nuestras ciudades. Como dice San Agustín: «El cuerpo muere cuando está separado del alma, y de la misma manera muere el alma cuando está apartada de Dios».

El alma sin pecado es bella y permanece adornada con una hermosura incomparable. Para permanecer en esta hermosura o gracia divina, es necesaria la oración, la comunión frecuente y la huida de ocasiones de pecado.

17. Ten buena conciencia

«Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia» (2 Cor. 1,12). Cuando los gentiles guiados por la razón natural, cumplen los preceptos de la ley, ellos mis-

mos sin tenerla, son para sí mismos ley. Y con esto muestran que los preceptos de la ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias que entre si unos y otros se acusan o se excusan (Rom. 2,14-15).

«Cierto que de nada me acusa la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor» (1 Cor. 4,4).

Hermanos, siempre hasta hoy me he conducido delante de Dios con toda rectitud de conciencia (Hech. 23,1).

Reflexión

La conciencia es una voz interior que nos manda hacer el bien y nos prohibe hacer el mal. El que nos habla por nuestra conciencia es Dios, y por tanto obedecer la voz de la conciencia es obedecer a Dios.

Todo hombre descubre impresa en su corazón una ley que le indica el camino del bien. Ejemplo: Caín sintió los remordimientos de su conciencia cuando mató a su hermano Abel.

La conciencia es a la vez reo, testigo y juez. Ella nos acusa o desaprueba nuestras

obras si son malas y nos las aprueba o aplaude si son buenas. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis).

La formación de la conciencia se ha de lograr mediante la educación en el amor a la verdad y al bien y con una instrucción profundamente religiosa, procurando la rectitud de intención en el obrar.

La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios con la lectura de la Biblia y las enseñanzas de su Magisterio.

18. Observa los mandamientos divinos

«Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento... (Dt. 4,6). Dios dice: ¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5,29). Ved: Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: La bendición, si cumplís los mandatos que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

Si vosotros obedecéis los mandatos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro cora-

zón y con toda vuestra alma, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite; Yo también daré hierba a tus campos para tus ganados y de ellos comerás y te saciarás. Pero cuidad mucho de que no se deje seducir vuestro corazón sirviendo a otros dioses porque la cólera de Yahvé se encendería contra vosotros y cerraría el cielo y no habría más lluvia y la tierra no daría su fruto... (Dt. 11,13-17).

Jesucristo nos dice: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Reflexión

Del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende nuestra felicidad temporal y eterna. Ellos forman el «código de la felicidad». Dios es el autor de los mandamientos. Los promulgó en el Sinaí (Ex. 20; Dt. 5), los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2,14-16). Jesucristo los confirmó y perfeccionó, y dijo que toda la Biblia: La ley y los Profetas pendían de los mandamientos, los que redujo a estos

dos: Amar a Dios y al prójimo (Mt. 22,37-39).

Desde su promulgación, Dios no dejó de inculcarlos a las siguientes generaciones, y así vemos que Josué los inculcó a su pueblo (Jos. 23). También los jueces se los recordaron. Luego Dios suscitó profetas para que se los recordasen a los reyes y al pueblo a fin de no ser castigados. Las tribus del Norte, por no cumplirlas, fueron llevadas cautivas a Asiria (2 Rey. 17,6-7) y las tribus de Judá y Benjamín lo fueron a Babilonia (2 Rey. 24,3).

Nuestra dicha y la de todos los pueblos depende del cumplimiento de la Ley de Dios.

19. Emplea bien la libertad

Dios hizo al hombre libre desde el principio y le dejó en manos de su albedrío. Si tu quieres puedes guardar sus mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad. Ante ti puso el fuego y el agua; a lo que tu quieras extenderás la mano. Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado.

A nadie ha mandado ser impío, ni le ha dado permiso para pecar... No digas: Mi pecado viene de Dios, que Él no hace lo que detesta (Eclo. 15,11).

Vosotros, en efecto, hermanos, fuisteis llamados a la libertad, mas procurad que la libertad no sea motivo para servir a la carne, antes bien, servíos los unos a los otros mediante la caridad... (Gál. 6,13).

Reflexión

«Cristo nos libertó para gozar de libertad» (Gál. 5,1). La libertad es un don de Dios, que Él nos ha dado para servicio de la verdad y del bien y no para hacer lo malo. Y ¿qué entendemos por libertad? La libertad es el poder o la facultad que uno tiene de obrar o no obrar, o de elegir una cosa con preferencia a otras. Libertad, pues, no significa hacer lo que a uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios, según lo dicta su santa ley y la voz de nuestra conciencia.

El verdadero cauce de nuestra libertad son los mandamientos de Dios. Jesucristo dice: «La verdad os hará libres... El pecado

os hará esclavos» (Jn. 8,31-34). El que está libre de todo pecado y de las ataduras de las pasiones es verdaderamente libre. Servir a Dios es reinar.

Tengamos presente ante tantos males que vemos, que la permisión del mal nace de que Dios ha concedido al hombre la libertad. Dios se la respeta y de ahí el mérito o demérito.

20. La ley no pone trabas a la libertad

Sabemos que la ley es buena para quien use de ella legítimamente, teniendo en cuenta que la ley no es para los justos, sino para los malvados, para los rebeldes, los impíos y los pecadores, para los que sin religión y sin creencias, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, los lujuriosos y los perjuros, y si hay alguna otra cosa que se oponga a la sana doctrina conforme al Evangelio del bienaventurado Dios que me ha sido confiado (1 Tim. 1,8-11).

Reflexión

La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad del hombre, sino que lo orienta y le señala un camino que lo dirige hacia el bien, a fin de que consiga la perfección.

Tu, cuando vas a ciento por hora en una carretera, eres libre para soltar el volante del coche, y ¿qué sucedería si lo hicieras? ¡Te estrellarías!

Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo.

Si te apartas de él, no llegarás. «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

Las leyes de la circulación ¿qué son, sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarlas todos los días mueren en algún accidente. Dios te señala un camino para tu salvación. Si no lo sigues y te condenas, ¿quién tiene la culpa?

21. El problema del dolor

(Origen del dolor): «Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el peca-

do la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron (en Adán)» (Rom. 5,12).

(Por este pecado, Dios dijo a Adán): «Por tu causa maldita será la tierra; con fatiga te alimentarás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te producirá, y comerás las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado: porque polvo eres y al polvo volverás» (Gén. 3.17-19).

Reflexión

Sobre el problema del dolor conviene que tengamos ideas claras: ¿Cuál es la causa del dolor? ¿Por qué sufrimos? En la Biblia tenemos la respuesta: «Dios todo lo hizo bien» (Gén. 1,31), por tanto el mal no trae origen del Creador. Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original (Rom. 5,12; Gén. 3,17ss) y ahora los sufrimientos y males que acontecen en general, son debidos no sólo al pecado original sino también a nuestros pecados personales.

¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia! (Véase cómo muchos sufren por *glotonería* (Eclo. 31,24 y 27; 33-34), otros por *embriaguez* o por darse al deleite o actos impuros (Prov. 21,27) o por darse a la droga u otros vicios.

En los Proverbios leemos: *La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos a la Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

El gran mérito está en saber sufrir, uniendo nuestros dolores a los de Cristo, para que sean méritos redentores. Por eso Santa Teresa decía: «padecer o morir». San Pablo dice: «tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rom. 8,18). «Por la momentánea y ligera tribulación Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable» (2 Cor. 4,17).

22. Sufre con paciencia

«Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que sigamos sus pasos» (1 Ped. 2,21). «Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14,27).

«En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado apóstol que aquel que le envía» (Jn. 3,16). «Si me han perseguido a Mi, también os perseguirán a vosotros» (Jn. 13,20). «Todos los que quieren vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones» (2 Tim. 3,12).

«Te prueba Yahvé, tu Dios, para saber si le amas con todo el corazón y con toda tu alma» (Dt. 13,3). «Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios... Acepta todo cuanto te enviare, en los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues como en el fuego se prueba el oro, así los hombres aceptos a Dios se prueban en la fragua de la humillación» (Eclo. 2,3-5).

Reflexión

El sufrimiento es efecto natural de la tribulación. Las tribulaciones son las enfermedades, reveses de fortuna, contradicciones de los hombres... y nos recuerdan nuestra tribulación y que vivimos en el destierro donde no hemos de buscar comodidades y descanso definitivo y que nuestra Patria es el cielo donde hemos de entrar por muchas tribulaciones» (Hecho. 14,21).

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz. «Habéis de alegraros en la medida en que participais en los padecimientos de Cristo...» (1 Ped. 4).

«Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara que pretende elevarla a gran santidad» (S. Ign. de Loyola).

«Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir a Dios» (S. Greg. Magno). Para los justos el dolor es también gran medio de apostolado, y una bella oración ofrecerlo unido a Cristo por los pecados propios y conversión de los pecadores.

23. Acuérdate de los novísimos

«Acuérdate de nos novísimos (=postrimerías) y no pecarás jamás (Eclo. 7,40).

1. La muerte. *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?» (Sal. 88,49). Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte (Rom. 5,12). Está decretado que los hombres mueran una vez (Heb. 9.27). La muerte es estipendio o paga del pecado (Rom. 6,23)...*

2. El Juicio. *Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio (Heb. 9,27). Es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos (Eclo. 11,28). Cada uno dará cuenta a Dios (Rom. 14,22). Dios juzgará al justo y al impío (Ecl. 3.17). Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno lo que hubiere hecho por el cuerpo bueno o malo (2 Cor. 5,10).*

3. El infierno. *Jesucristo dice: «Irán éstos (los impíos), al suplicio eterno y los justos a la vida eterna (Mt. 25,41ss). Murió el rico epulón y fue sepultado. En el infierno, en medio de los tormentos... dijo: Estoy atormentado en estas llamas (Lc. 16,22-24).*

4. El cielo. *(El cielo es eterno): Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25,46). Tenemos casa eterna en el cielo (1 Cor. 5,1).*

Reflexión

Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá (Eclo. 14,2). Jesucristo no nos dice que «nos preparemos», sino «estad preparados, porque la hora que no penséis, llegará el Hijo del hombre» (Mt. 24,44). ¿Quieres no temer la muerte? Ama a Dios de todo corazón y no temerás ni la muerte ni el juicio ni el infierno... (Kempis).

Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto y toda acción sea buena, sea mala (Ecl. 12,14). Son muchos los pasajes de la Escritura que nos hablan del infierno. Unos dicen: Dios es Padre y no es posible que condene a un infierno eterno. Dios es Padre misericordioso, pero también justo. El no arroja a nadie al infierno: «somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados» (S. Cura de Ars). Si uno no quiere cuentas con Dios y blasfema y le niega, él es el culpable. Si a uno no le alumbra el sol por haber cerrado la ventana de

su casa, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Dios promete el cielo a los que cumplan sus mandamientos. La dicha del cielo es indescriptible: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (2 Cor. 2,9).

24. Sed misericordiosos...

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt. 5,7). El Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5,11).

Sed misericordiosos como misericordioso es vuestro padre (Lc. 6,16). Todas las sendas son misericordia y verdad para los que guardan sus mandamientos (Sal. 25,10).

Os está esperando Yahvé para haceros gracia... para tener misericordia de vosotros (Is. 30, 18). ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad para los que se vuelven a Él (Eclo. 17,28).

Tu, oh Señor, eres misericordioso y clemente magnánimo, de gran piedad y fide-

lidad. Mírame, ten piedad de mi (Sal. 86,15).

¡Oh, Señor! tienes piedad de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia, pues amas todo cuanto existe, a todos perdonas, porque son tuyos, Señor amador de las almas (Sab. 11,27).

Reflexión

En Dios todo es grande, todo es infinito. Su grandeza se manifiesta en su omnipotencia, en su Providencia, en su sabiduría y en su justicia... pero donde más resalta es en su misericordia. En La Sagrada Escritura leemos: «La misericordia de Dios está sobre todas sus obras» (Sal. 145,9). «De la misericordia del Señor está llena la tierra» (Sal. 33,5).

Misericordioso y benigno es el Señor, tardo en airarse y lleno de clemencia. No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el

Oriente del Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados (Sal. 103).

San J. Crisóstomo hablando de los pecadores dice: «Si caen chispas en el mar ¿lo enciende? No, sino que el mar las apaga. Tus pecados son chispas, y el mar es la misericordia de Dios».

«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez. 33,11). A todos los pecadores arrepentidos dirige el Señor estas palabras del profeta Isaías: «Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, vuestras almas quedarán limpias como la nieve» (1,18).

25. Haz bien a todos. Sé afable...

«No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios» (Rom. 12,21). «Mira bien donde pones el pie y sean rectos todos tus caminos» (Prov. 4,26)

«Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber. Pues así echas ascuas sobre su cabeza (esto es, le haces reflexionar y se volverá a ti con amor). No te dejes vencer por el mal; al

contrario vence al mal con el bien» (Rom. 12,21).

A nadie paguéis mal por mal. «Procurando lo bueno delante de todos los hombres» (Rom. 12,17; Prov. 3,4).

Cada uno de vosotros procure dar gusto a su prójimo en lo que es bueno y pueda edificarle. Nosotros como más fuertes en la fe, debemos soportar las flaquezas de los menos y no dejarnos llevar de una vana complacencia por nosotros mismos» (Rom. 15,1-2).

Soportaos unos a otros con caridad (Ef. 4,1). La caridad es sufrida, dulce, bienhechora... (1 Cor. 13).

Reflexión

Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien. Que al morir no puedan decir de ti que pasaste por este mundo sin haber hecho nada.

Pasan los hombres, las cosas y los tiempos... pero la obra del que pasa haciendo el bien a todos, al igual que Jesucristo, no pasa jamás. «La memoria del hombre justo será eternamente celebrada» (Sal. LLL,10).

Haz bien y no mires a quién, porque el que hace mal a otros, a si mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines.

Cuando veas a un hombre bueno trata de imitarle; cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo. Sé amable con el prójimo y condescendiente con él en lo posible, pero sin pecar o claudicar en la verdad.

Inspiremos simpatía, pues cuando tratamos a otros con amabilidad, ellos son más amables con nosotros. El secreto para estar a bien con todos es amoldar nuestro carácter al de los demás.

26. Aprovecha el tiempo. La vida es corta

«El tiempo es breve... el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,29 y 31). Breves son los días del hombre. Dios los tiene contados y tiene señalado el término de los mismos, más allá de los cuales no podemos pasar (Job. 14,5)

¿Qué es nuestra vida? Un vapor que se desvanece, un humo que aparece un momento y al punto se disipa (Sant. 4,14). El

hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias, brota como una flor y se marchita» (Job 14,1).

El hombre pasa como una sombra... como humo disipado por el viento... pasa como el recuerdo del huésped de un sólo día (Sab. 5).

Pocos son los años que me restan, es sin vuelta el camino por donde voy (Job. 16,22). No nos cansemos de hacer el bien que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras disponemos del tiempo hagamos bien a todos (Gál. 6,9).

Este es el tiempo de la salvación, este es el tiempo aceptable (2 Cor. 6,2).

Reflexión

La vida es corta y está siempre amenazada de muerte: «En lo hora en que menos penséis... (Lc. 12,40). El tiempo pasa rápidamente. Él trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él.

Entramos en la vida presente con la ley

de abandonarla. Venimos a representar un papel más o menos corto en la escena de este mundo... y después hemos de desaparecer. Veo con frecuencia que algunos mueren y pasan delante de mi; mas otros presto me verán pasar...

En esta vida tan breve estamos para merecer la eterna, y tengamos presente que Jesucristo no nos dice que «nos preparemos para la otra» sino que estemos preparados (Lc. 12,40). La vida, dice Santa Teresa, es una mala noche que hay que pasar en una mala posada».

27. No mientas ni murmures del prójimo

«El señor domina los labios mentirosos» (Prov. 12,22). Es infamia en el hombre la mentira, que se halla siempre en los labios de los insensatos (Eclo. 20,26).

Sé firme en tus juicios y no tengas más que una palabra (Eclo. 5,20). Quien quiera amar la vida y ver días dichosos, cohiba su lengua del mal y sus labios de hablar engaño (1 Ped. 3,10).

Guardaos de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, por-

que la lengua mentirosa no quedará impune, y la boca embustera da muerte al alma (Sab. 1,11).

Maldice al murmurador y al de la lengua doble porque han sido la maldición de muchos que vivían en paz. La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, y los arrojó de pueblo en pueblo (Eclo. 28,15-16).

Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, a fin de que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha (Fil. 2,14-15).

Reflexión

Se fatigan los hombres para decir una mentira, mientras que con facilidad podrían decir la verdad... porque toda acción mala es trabajosa, y toda obra mala que se proyecta tiene por guía la mentira (S. Agustín).

«Con la verdad deben prevenirse, con la verdad deben manifestarse, con la verdad deben matarse las mentiras» (S. J. Clímaco).

El que refiere con empeño los defectos de otros, también referirá los tuyos; no lo escuches.

¿Sabéis cuál es la causa de la murmu-